

POESÍAS

DE

AGRIPINA MONTES DEL VALLE

TOMO I

BOGOTÁ

IMPRESA DE VAPOR DE ZALAMEA HS.

1883.

LAS SACERDOTISAS.
CONVERSACIÓN A PROPÓSITO DEL LIBRO DE LA SEÑORA MONTES
DEL VALLE.*

Muchos al abrir este libro, si tienen la dicha de conocer a su autora -criatura fina y eléctrica, opulenta en dones del espíritu y en excelencias de mujer- lo leerán con interés, con viva simpatía, con profundo y cariñoso respeto.

Muchos otros, y quizá otras, de los que nada sepan de ella, lo cerrarán al punto, diciendo con desdén: “¡Ah! ¡Versos de mujer! Por léidos.”

Y yo sería de este número si no fuese naturalmente desconfiado de las injusticias vulgares, y refractario a todas las profanas excomuniones en masa; si no me hubiese dado tantos chascos deliciosos, en contra de esa vulgar prevención; si no hubiese pasado lo mejor de la vida buscando y adorando almas bellas, disfrazadas a veces de ángeles palpables, por añadidura de la Divina largueza.

Dicha prevención de uno y otro sexo contra el numen del *débil* viene de muy antiguo, y no ha desaparecido aún. Ni Aristóteles, con toda su filosofía, dejó de participar de ella. Ella hubo de entrar en la envidia de Fenenna contra Ana, la cantora profética, madre de Samuel; —y, desde Ana hasta madama de Stael, y desde la Stael hasta, en nuestras letras, doña Vicenta Maturana de Gutiérrez, callando nombres más próximos, muchas son las que por su propia voz la certifican.

“Tan pronto como una mujer sobresale (dice la insigne autora de la obra *De la Littérature*, II parte, capítulo IV), el público general se previene contra ella”. Explícate luego la sorpresa y la aversión del vulgo, quéjase de la poca generosidad de los hombres de talento hacia sus émulas, que ellos deberían proteger, y concluye preguntando: “¿Y será menos de temerse la injusticia de las mujeres respecto de aquellas hermanas suyas? ¿No excitan en secreto contra éstas la malevolencia de los hombres? ¿Hanse aliado alguna vez con una mujer célebre para

* Prólogo de Rafael Pombo. En Agripina Montes del Valle (1883), *Poesías*, Tomo I (pp. iii-LII). Zalamea Hermanos. Versión digital: https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/62879/0. DOI: 10.17230/co-herencia.19.37.2

sostenerla, para defenderla, para apoyar sus pasos vacilantes?”. —Lo cual me hace recordar ciertos versos feroces de mi adolescencia:

Mas la mujer con la mujer es hiena,
Su amistad, guerra, su piedad, venganza.
Destronaran al hombre con su alianza
E imposible su alianza hizo el Señor, etc.

Pero la radiante y generosa Corina es quizá figura excepcional en la historia moderna, como fue excepcional Napoleón, su mayor enemigo, y excepcional también su época, cuando la sensibilidad parecía haberse agotado en torno de aquellos dos colosos con los ríos de lágrimas y sangre vertidos en una especie de social frenesí. Es cierto, por otra parte, que la guerra que la Stael atrajo sobre su frente, fue gradualmente su escuela, musa íntima de sus mejores obras y la precisa corona de los sublimes méritos de su espíritu y de su corazón. Antes y después de la aparición de Corina, la posición de las mujeres de talento cultivado ha sido más tranquila en la misma Francia, y su influencia generalmente aceptada, refiriéndose desde luego a aquellas cuya fuerza era el talento, y no otros medios de prestigio equívoco; y exceptuando también a las que hayan empleado ese don divino como arma de escándalo y abogado de causas moralmente desesperadas.

No olvidemos a madama de Sevigné, a quien Luis XIV honró con su antipatía porque no le adulaba, no lo deificaba al uso; y provoca observar, en honor del corazón, cuán efímero fue el reinado de los dos más ruidosos monarcas de la Francia, y cuán fantásticas sus conquistas, comparándolos con el reinado y conquistas de las cartas íntimas de esa madre a su hija, y con las indelebles notas de viaje de aquella sensible expatriada.

¿De dónde procede, qué significa en lo general, por parte de los hombres, la aversión a que aludo? ¿Es soberbia de casta? ¿Es envidia profesional? ¿Es artículo de credo político o es de gobierno doméstico? ¿Es de origen religioso? ¿Es producto fisiológico o patológico, síntoma de salud o enfermedad? ¿Es el principio económico de la *división del trabajo*? ¿Es repugnancia nuestra al monopolio, a la acumulación, en unas mismas manos, de la belleza y el culto de lo bello, del ídolo y el incensario? ¿Son celos de que perdamos en respeto, cariño y atenciones cuanto nuestra bella mitad consagre a un señorío más

abstracto que el nuestro? ¿Es prudencia, para que las hermosas admiren más la literatura de sus requebrantes sin advertir sus plagios y demás flaquezas, y para que las señoras belicosas tengan ese campo menos de pendencia con sus señores? ¿Es idea de que el templo, la alcoba y la cocina resumen lo sustancial de la vida; de que esos centros no han menester de letras, y de que todo lo restante es proveeduría de bolsillo, o superfluidad? ¿Es consideración y cuidado porque no peligre la modestia de la mujer, su prenda más preciosa, esmalte y luz de todos sus méritos? ¿Es homenaje que instintivamente tributamos a la supremacía del sentimiento ingenuo y puro, aura celeste, sobre el alborotador pensamiento, sujeto cavilador, mal entretenido y artificioso? ¿Es sospecha de la nulidad de la orgullosa ciencia humana, ante la humilde y omnipotente caridad?

Analizar por escrito tantos puntos sería materia de un infolio; pero reflexiono, me registro yo mismo, y respondo que no es nada de eso, fuera de casos particulares. Observo que en varios países nuestra prevención va extinguiéndose, y que en los Estados Unidos del Norte, por ejemplo, ya no existe, o los términos de dicha división del trabajo se han invertido, pues allí el cultivo constante del espíritu corre más generalmente a cargo del sexo femenino, encarnizado como vive el otro en la furia, en la espíritu-fobia del lucro y del progreso material. Advierto que nuestra aversión tiene que ser muy débil, como inconsciente y dirigida a la masa y no a la individualidad, a manera de una lisonja, de un tributo, de una concentración de estima y cariño en pro de cada excepción que vamos reconociendo, pues consta que en todo el mundo la literata que no se casa es porque no consiente en casarse; que ellas, más que las iletradas, encuentran aspirantes y maridos; y en fin, que en ellas proporcionalmente más que en las últimas, ocurren los milagros de dos y tres matrimonios sucesivos, como si el afeite de su alma las embelleciese mejor que el físico y prolongase indefinidamente su juventud. —Arguyo también que si el cálculo es parte en nuestra ojeriza contra la literatura femenil, nunca hubo cálculo más desatinado, pues ¿qué observador no habrá descubierto que las mujeres de buenos principios que se aficionan al estudio hacen las esposas y madres más discretas y tranquilas, las menos murmuradoras, y, muy particularmente, las primeras, sino

únicas, despreciadoras del lujo y de toda vana ostentación material, por la sencilla razón de que desdeñan competir con el aparatoso vulgo que (como otro lo ha dicho), es para quien sus individuos se cargan de joyas y de tocados, telas y cortes de *nouveauté*? ¿A quién no ocurrirá que siendo aquéllas las menos apetecidas y frecuentadas por las amigas frívolas y por los amigos tontos, son precisamente las que más nos convienen, como hallazgos para la paz y el buen gobierno y para una enorme reducción en el presupuesto doméstico? ¿Quién no convendrá conmigo en que sólo tales esposas pueden ser, como Dios lo manda, nuestras completas *compañeras*, de corazón y de espíritu; las únicas aptas para dar a hijos e hijas su primera y decisiva educación, su persistente molde físico, moral e intelectual; las más capaces de defenderse y defender el rebaño contra la pobreza, las litis y demás lobos rondadores; las únicas competentes para desempeñarnos y sucedernos como es debido en casos de ausencia o de fallecimiento?

De locas, por supuesto, no hablo, pues no necesitan de letras para serlo; y si es probado que *el talento las fortifica en su locura*, esto mismo prueba que, bien cultivado, tiene que fortificar a las sensatas en su virtud y en su sensatez.

De las precedentes consideraciones infiero que el sentimiento hostil que las ocasiona es meramente, en hombres y mujeres, defecto, insuficiencia de educación; una preocupación, una mala costumbre no cuestionada, un residuo de paganismo o de barbarie, cuyo gradual desvanecimiento quizá podría servir de escala comparativa de instrucción pública y de cultura general entre las naciones.

Pero como yo mismo, aunque con propósitos y esfuerzos de justo, me confieso expuesto a incurrir en la injusticia de condenar un libro femenino antes de leerlo, quiero explicar las circunstancias atenuantes de mi culpa.

Los hombres hacemos generalmente los gobiernos, las leyes, los colegios, las escuelas, los libros, los periódicos, la educación literaria de la sociedad y del hogar, y somos por tanto responsables de la de la mujer. Concretándonos a los versos, solemos escribirlos y muy malos, y particularmente malos en el género sentimental, y pésimos en el capítulo erótico: y estos, y los ajenos que escogemos del mismo falso y amanerado gusto, son los modelos que presentamos al bello

sexo, por agradarlo, en la intriga de los afectos o simplemente por oficiosidad de cortesía. Si ellas se dignan después revelarnos sus ensayos métricos, prejuzgamos tan intratable su amor propio, que temiendo ofenderlas declaramos admirable, perfecta toda su labor, aunque nos salten a la vista y clamen al cielo sus imperfecciones. No he conocido un confidente literario que las guíe con entera franqueza, y mucho menos que se esfuerce por despertar y emancipar en ellas las grandes facultades *especiales* que poseen para desatar su alma, para caracterizarse y sobresalir en el arte de las letras. Fomentamos cuidadosamente la frivolidad de las frívolas, la vanidad de las vanas, la quejumbrosidad de las lloronas, la flaqueza de cada cual; y la sociedad ordinaria aún tiende a reducir a las mejores a ese mismo nivel de falta de carácter intelectual ingenuo y propio, y a sofocar sus gérmenes creadores en el piélagos común de imitación, de ligereza e insustancialidad. Resultado: si nosotros hacemos malos versos, ellas deben hacerlos peores, más falsos e insípidos que los nuestros, a no ser que la fuerza de su buen instinto, la intensidad de las emociones, y quizá cierto discreto aislamiento, las conserve refractarias al vicioso ambiente que obra sin cesar por desviarlas de sí mismas, de su incomparable fuente de sentimiento, de observación, de verdad, de originalidad y excelencia artística. Esto es lo que yo temo encontrar cuando diviso poesías femeninas: un eco débil, o históricamente violento, de nuestros propios defectos; y esto es lo que (me deleito en repetirlo) innumerables veces *no he encontrado* en ellas. Extraordinario realce de su mérito: vencer toda una fábrica social y literaria que parece conjurada para defraudar a la sociedad misma de la acción providencial que en el campo de las letras le promete el genio de la mujer.

De su *derecho* y *misión* literarios y artísticos, y de los *hechos* con que contesta y humilla nuestro absolutismo intelectual, haremos capítulos separados.

*

Poco han reflexionado sobre la mujer los que la declaran *superior* o *inferior* al hombre, o rival o contendora suya en un mismo campo. Busquemos en todas las cosas la razón de Dios, a la cual se conforma

la nuestra en la paz y el silencio de las pasiones, y ella sola sugerirá lo que la ciencia va después laboriosamente confirmando.

Dios no puede haber creado la competencia y el conflicto en la pareja de hombre y mujer, en la unidad social y reproductiva del linaje humano, porque esto sería sembrar inficionando, sería contrariar y destruir su obra; ni en el alto orden de las almas, puede haber determinado una inferioridad depresiva para una de las dos partes, que infaliblemente la pondría bajo la tiranía y el menosprecio de la otra; ni, al mismo tiempo, ha podido menos el Creador que fundar, por necesidad de orden, la sujeción de la una parte a la otra cuando se unen, sujeción confiada a la naturaleza física, no a la espiritual, porque ésa bastaba para el fin del orden, y consultaba admirablemente la paz y la felicidad de los dos miembros, y los intereses de su prole. Y esa dependencia tiene que extenderse al vasto mecanismo de la sociedad: todo en la vía normal y general de la historia de nuestra especie.

Mas con equilibrio de valor y dignidad en lo moral y espiritual, debe de haber entre los dos sexos la variedad y el contraste de facultades que convenían para el juego armonioso de su conjunto y para que cada uno de los dos necesite del otro y sea a su turno su ayuda eficaz y providencial; y a este fin pudo disponerse a maravilla esa misma sujeción o inferioridad física, providencial también para el desarrollo de las aptitudes del débil en pro del fuerte, y en su propio realce y beneficio. Como el follaje del árbol respecto de su tronco, lo más débil puede ser más sensible, más delicado, vistoso y exquisito, y aventajar bajo este aspecto a la fuerza que lo sujeta. Puede recibir de ésta el apoyo, y darle estímulo, abrigo, calor y ornamento, y la visión de cuanto pasa no advertido por la imprudencia de la fuerza.

En favor de esta inferencia de la razón de Dios en la creación y distinción de los sexos, recordemos el texto mosaico, profunda suma de ciencia cuya verdad va la profana descifrando poco a poco en el curso de los siglos. Allí leemos que el hombre fue, desde su principio, creado varón y hembra, y creados *ambos* a imagen de Dios (igualdad en el orden espiritual), y que al separarlos le puso Dios *ayuda* en la mujer (*compañía* útil, desde luego, y no contenciosa), sacándosela “no de los pies, ni de la cabeza, no para señora ni para esclava suya”,

como lo observan los expositores, sino del centro de su cuerpo, como llamada a ser su compañera.

Fue extraída la mujer del centro del hombre, de la región próxima al corazón; y sea no fundada la universal metáfora que hace del corazón el asiento del sentimiento, ello es que la mujer se llevó casi toda la cuota humana del amor, el amor en su heroísmo, en su tenacidad, en su práctica eficaz, constante universal, en su manantial inagotable, en su videncia adivinatoria y en sus preciosas delicadezas. *¡Imponderable privilegio!* —¿Qué le restó al hombre? Sus dos extremos, innoble el uno, el otro vago sin aplicación a la práctica de la vida: la ruda sensualidad y la idealidad celeste, el fantástico dolor del vacío que la mano de Dios dejó en sus entrañas.

Por su misma inferioridad, o debilidad física, y por su exuberancia de amor, la mujer está mucho más próxima que el hombre a la naturaleza, y en más constantes relaciones con ella. La naturaleza es su confidente, es su hermana y ella goza sobremanera en hacerse nodriza y aderezadora de su nodriza la naturaleza. Fecundísimo instinto, ventaja grande sobre el hombre, en el cual, por el contrario, suele observarse cierta indiferencia o esquivez hacia la madre tierra, instinto literalmente desnaturalizado.

También por su debilidad, la mujer posee en grado eminente lo que llamaremos las dotes diplomáticas del débil, con las cuales compensa aquella desventaja. ¿Pretenderemos los hombres ser superiores a ella en sagacidad de percepción, en la observación constante, rápida e instintiva de los pormenores e incidentes de todo género, en el sondeo de los semblantes, las voces y los ademanes, en la elección del momento, en el prestigio de la gracia, y en la sutileza y suavidad de los medios de acción? ¿El terreno que tal cual vez le usurpa el esposo injustamente con su preponderancia física, no debe y no puede reconquistarlo ella con esa suavidad? ¿Y así no se establece entre los dos un discreto equilibrio?

¿Y la aventajaremos por ventura en la agilidad y viveza de imaginación y en la movilidad y flexibilidad de órganos a la cual debe, entre otros efectos, esa locuacidad que ayudada por sus funciones especiales, por su comercio espiritual, menos letrado pero

de fuentes más vivas y espontáneas que el nuestro, desarrolla en ella una maravillosa facultad de conversación que rara vez alcanzamos los hombres, impedidos para ello por nuestra misma literatura -fuente muerta- y por el exclusivismo y aislamiento de nuestras ocupaciones -vida lateral y rutinera-? —He aquí otro don envidiable.

¿Y su memoria? ¿No es tan precisa y pasmosa que nunca olvida ni el día de la semana que fue? ¿Y nosotros no hacemos guerra a muerte a la nuestra con las andaderas del lápiz y la pluma?

¿Y aquella rapidez de conclusiones, a que las lleva lo práctico de su espíritu, enemigo de morosidades mentales y de abstracciones ociosas; y aquella fuerza de fe, ese carácter positivo, decidido, apasionado, que su corazón imprime a todas las sentencias de su mente; esa admirable complicidad de sus sentimientos en sus doctrinas, ese firme apoyo de su corazón a su alma, que a poco esfuerzo hace surgir de seres tan débiles agentes capaces de cualquier milagro generoso, heroínas incontrastables, mártires vencedoras de toda seducción y suplicio: ¿estas reconocidas excelencias de la mujer no la divinizan frecuentemente para nosotros?

Y el sexo que más ama, y que más observa y recuerda, el que más adivina, el que más cultiva el indispensable *natural*, el privilegiado de la delicadeza, la sensibilidad y la gracia, el que mejor habla, el de más sutil inventiva y más viva imaginación, el de más ardiente y activa caridad y de fe más intensa y perseverante ¿podrá por ventura ser menos apto que el masculino para el cultivo de las bellas letras y artes, que precisamente en esas cualidades tienen muchas de sus alas, sus mejores tendencias, y los secretos de su magia para el encanto y la elevación moral y espiritual del género humano?

¿No estará más bien medio perdido el mundo, y degradadas en mucho de él las letras, las artes y aun la política, en su carácter civilizador, por el papel todavía secundario que desempeña la mujer como escritora y artista; porque es *más mujer* en su parte de acción, emancipándose de nuestro perverso ejemplo?

Por ahorro de tiempo, y por contagio de la modestia femenil, no haré aquí el panegírico del hombre: hartos leones tiene que lo pinten; más con lo dicho creo dejar suficientemente establecido que la mujer no es en absoluto ni superior ni inferior ni émula nuestra, sino el COMPLEMENTO PROVIDENCIAL DEL HOMBRE, y que el hombre es

el responsable de que ella hasta ahora no nos acompañe y complete como el Creador la tiene destinada a hacerlo.

Y aun lo que he escrito estaba por demás para los creyentes en la divina inspiración del Libro de los libros. Ahí están las ejecutorias de la nobleza moral y espiritual de la mujer; ahí los títulos de su derecho para elevarse a par nuestro al estudio y la contemplación de la belleza infinita. No sólo anuncia San Pablo a los Gálatas (cap. III v. 28) que, bajo la ley de gracia: “Ya no hay distinción de judío ni griego; ni de siervo ni libre; ni tampoco de hombre ni mujer: porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo”: sino que ya el Eclesiástico (cap. XVII) enseñaba al hombre que, desde la creación:

“De la sustancia del mismo formó Dios un ayuda semejante a él: dióles a entrambos razón y lengua, y ojos, y orejas, e ingenio para inventar, y los llenó de las luces del entendimiento.

“Crió en ellos la ciencia del espíritu; llenóles el corazón de discernimiento, y les hizo conocer los bienes y los males.

“Acercó la luz de sus divinos ojos a sus corazones, para hacerles conocer la magnificencia de sus obras:

“A fin de que alaben a una su santo nombre, y ensalcen sus maravillas, y publiquen la grandeza de sus obras.

“Añadió en bien de ellos las reglas de costumbres, y dióles por herencia la ley de vida.

“Asentó con ellos una alianza eterna, e hízoles conocer su justicia y sus preceptos.

“Vieron con los propios ojos la grandeza de su gloria, y la majestad de su voz hirióles los oídos, y les dijo: Guardaos de toda suerte de iniquidad”.

Estos, y los demás atributos y derechos individuales que declaran en favor de ambos sexos nuestros códigos sagrados, han corrido mejor suerte de parte de sus correspondientes autoridades, que la libertad, igualdad, fraternidad, garantías, derechos imprescriptibles, etc., descubiertos por los modernos filántropos y que hacen la gloria de nuestras constituciones y la felicidad teórica de tantos pueblos. No puede comprenderse cómo una mujer sea otra cosa que cristiana en teniendo noticia alguna del cristianismo, que de esclava la elevó a reina al lado del hombre, le confirió el señorío exclusivo del corazón amado, y franqueó la humanidad entera a su amor

inagotable santificado de la divina Caridad. Y de las comuniones cristianas debe atraerla con más fuerte simpatía el catolicismo, no sólo por el múltiple imán del corazón y de la imaginación, por el especial esplendor de su caridad práctica, por su notorio rigor en sostenimiento de todos los vínculos de familia, y por su privilegiada posesión del dogma que vindica y glorifica al bello sexo en la Virgen María, fuente de las más preciosas galas artísticas de la civilización, sino también en fuerza de gratitud por su caballerisca hidalguía histórica hacia la mujer, y por antecedentes específicos en defensa de ella en contraposición con el hombre. Recuérdese que en tanto que Mahoma y sus sectarios tornaban a degradarla y se olvidaban de abrir a sus almas las puertas de los cielos, los Papas, los Concilios y demás altas voces de la Iglesia atendían a reprimir al materialismo en su designio de volver a convertir, aún entre los cristianos, a la digna compañera del hombre en mero pasto viviente de sus sentidos. A este propósito apunta el amenísimo P. Feijóo, esforzado campeón del bello sexo, que en un Concilio parisiense condenó, en el año de 1209, los errores que Almarico de Chartres sostenía, como ciego secuaz de Aristóteles, entre otros el de que la hembra es animal defectuoso, y que en tal virtud no habría mujeres en el estado de la inocencia. El mismo Concilio, añade Feijóo, prohibió la lectura de la física y la metafísica del Estagirita, como procedencia de tales extravíos, y el Papa Gregorio IX confirmó la prohibición. A su turno el P. Sarmiento, defensor de Feijóo, refiere sobre la autoridad de un autor francés, que la Inquisición tomó a su cargo atacar el *blasfemo* empeño de cierto moderno italiano de probar en un libro suyo, con textos de la Escritura, que las mujeres no tienen alma racional ni son de la especie humana; y que, en efecto, el Santo Oficio “censuró, prohibió y condenó aquel execrando libro; cuya condenación no tanto se debe mirar como protección de las mujeres, cuanto como afrentosa ignominia de los hombres”. —Y otras noticias que traen ambos Padres acreditan que en el Oriente las mujeres mismas consienten en rebajarse a ese punto respecto del sexo masculino, con grande mortificación y embarazo de los Misioneros; y que Aristóteles y otros célebres detractores de las mujeres fueron, no obstante en su aparente austeridad, hombres de

muy débil corazón y de estómago muy fuerte en sus relaciones no literarias con ellas.

Mas nuestras mujeres, cristianas por dicha suya, y, gracias a la Revelación, coherederas con nosotros de la dignidad y soberanía humanas, están llamadas a hacer sentir poderosamente su alto derecho en toda época, y más en la presente, cuando si bien por una parte Aristóteles está depurado y los ignorantes actuales sabemos mucho más que él de los misterios del cuerpo y del alma, por otra parte el materialismo toma veinte caminos para degradar nuevamente a la sociedad, cortando en son de progreso las alas del espíritu, minando la familia, impidiendo con deliberada insolencia la pacífica obra cristiana, y queriendo reducir a hombres y mujeres a funciones de brutos civilizados. Muy mala cuenta damos por cierto los varones, a Dios y a la posteridad, de la crianza de los pueblos que pretendimos asumir exclusivamente. La fuerza heroica de amor, de consagración, de beneficencia que posee la mujer, su fe inquebrantable, su *suaviter in modo* y *fortiter in re*, su “sentido práctico” cual hoy suele decirse, y aquel instinto de aseo moral que tanto la embellece, han dado, y todos los días dan a nuestros ojos, frutos de eficacia que nos maravillan; y es tiempo de estimular tales dotes a que bien combinadas se dirijan resueltamente en el sentido de la defensa social. —Cimiento, foco de la sociedad es el hogar; reina y centro ardiente y fijo del hogar, es la mujer; ella forma allí al niño, y siembra en el niño al hombre, al obrero, al ciudadano; grandes y trascendentalísimas son allí sus funciones, y debemos habilitarla competentemente para ellas, en beneficio nuestro más aún que en el suyo; y nadie cuestionará que empezar por allí es empezar por el principio, que ese tiene que ser el punto de partida del sólido avigoramamiento y dignificación de la comunidad.

El hogar significa, para este designio, no sólo el doméstico refugio material del corazón, sino cuanto interior o exteriormente pueda afectarlo; todos los rayos de aquel foco, y todas las reacciones, dañinas o benéficas, de la sociedad hacia él. No dejemos que situada allí únicamente la mujer, la fuerza enemiga la asedie, la aíse, y reduzca su generosa acción a la nulidad. Si ese es el paladión en el cual nuestra seguridad se cifra, importa sobremanera que la noble legión que lo custodia, con la percepción de sensitiva moral que Dios le ha dado,

obre como avanzada en todo el campo, donde quiera que su sacro destino de piedad y amor, y la delicadeza de su carácter lo permitan, en los salones, en los colegios y escuelas, en las academias, en todas las profesiones de servicio inofensivo, en todos los establecimientos de beneficencia, de bellas letras y artes, en todas las oficinas extrañas a las maniobras envidiosas de la llamada política de partidos, sin perjuicio de desplegar toda su actividad y celo contra cualesquiera principios de pretendida política, hostiles a los intereses invariables de la sociedad.

Fuera del hogar corre ciertamente la mujer mayores peligros, sobre todo entre el bullicio del mundo cortesano, al fuego de la turbamulta irresponsable de los salones. La excitación social suele absorberla, hacerle perder su personalidad, su conciencia de sí misma, como juega el tumulto de las olas del mar con un buque de gran velamen y sin lastre suficiente para guardar el asiento necesario. ¿Pero esto de qué proviene? De falta de lastre moral e intelectual con qué sentirse dueña de sí; y del fatal efecto de sorpresa, de enajenación, que causa en ella la novedad de ese combate, para el cual no se la ha preparado enseñándola prácticamente a despreciar su ruidoso vacío, sino, al contrario, aumentando su fascinación con prevenciones alarmantes. Es una lid en la cual entra ya vencida en su fantasía, por obra de sus mismos guardianes indiscretos. Armadla de fuerza, no de miedo, y entonces no temáis por ella. Hacedla ambicionar algo mejor que triunfos de coquetería y vulgares lisonjas, y así ni esos triunfos ni esas lisonjas serán palma para ella ni embriagarán su juicio.

La multiplicación de la actividad útil de la mujer, empezando por desvanecer las preocupaciones que a ello se oponen, es ciertamente una de las vitales necesidades del mundo: necesidad para la mujer, porque consulta su salud, su defensa, su bienestar, la corrección de sus defectos y vicios, tan eficaz por mano de ellas como lo es entre ellas el mal ejemplo; la amenización de su vida, hoy de ordinario tediosa, monótona y malsana; la seguridad de su porvenir, por mucho más limitado, incierto y expuesto que el del hombre, y en fin, la energía y duración de su influencia, mezquinamente reducida a menudo a la de su efímera belleza; y necesidad para el hombre, por la colaboración hábil y cordial que le traerá en sus tareas y en el cumplimiento de

todos sus deberes; por la paz, la economía y el realce espiritual de su hogar; porque no hay mejor consejero para él que el afecto del ser cuyo espíritu cultivado complementa el suyo; y, abreviando, porque es un hecho notorio y constante que *la mujer es siempre madre del varón*, ya como generadora, como padre y madre de sus virtudes y su genio, ya como estimuladora sagaz e irresistible en todas sus relaciones con él, de suerte que una sociedad de mujeres virtuosas, y de inteligencia bien desarrollada, siempre dará por resultado un pueblo digno, potente y feliz. Allí, más que en otro alguno, hombres completos, héroes, caracteres sublimes.

¿Habrán quien piense que queremos hacer de las mujeres bachilleres insustanciales, marisabidillas de certamen, cotorras surtidas cual nunca en su incontinente locuacidad, asesoras en lo que no les toca, despreciadoras de su esfera cuando es humilde, y de sus tareas naturales o habituales, y locas como nunca en las vías del engreimiento y del funesto desvarío? —Dios nos libre de semejante pecado mortal. Lo que queremos es que, sobre la base primordial de la moral y la religión cristianas, ante las cuales todo deber es alto, y sólo en lo indebido hay bajeza, tenga la mujer de talento, quizá de genio, las mismas posibilidades que el hombre para conocerse y desplegarse, que esté armada como él, para lidiar como él por su vida en el campo de las almas y en toda la región de sus sagrados derechos; que el hombre al fin la reconozca completamente digna de él, y que la habilite para hacer su parte, magna y urgente, en la obra de la *verdadera* civilización, — cristiana antes que todo. Queremos que sea hija, hermana, nodriza, esposa y madre, de cuerpo y de alma, con cuantas facultades le concedió para ello el Creador.

La charlatanería no es plaga exclusivamente femenina; en ambos sexos conocemos buen número de individuos “a quienes faltan ideas para expresar sus palabras”, frutas de más hueso o *pepa* que carne, y a quienes la pepa les *suen*a mucho, como ahora suele decirse felicísimamente. Mas para este mal creo que sólo hay dos remedios, — o suprimir la instrucción en absoluto, o administrarla como lo aconsejó algún sabio, *non multa, sed multum*, no en muchas nociones de varios ramos, incompletas y volanderas, sino en abundancia donde el terreno lo pide y del ramo especial que él pide. Por razones

ya apuntadas conceptúo a la mujer (a la inteligente, y en su carácter de mujer) capaz de todo en profundidades de sentimiento y vuelos de imaginación, es decir, en bellas letras y bellas artes; mucho más apta que el hombre para cuanto demanda observación rápida y menuda, del individuo y de la sociedad: y aquí la novela y cuadros descriptivos, y aquí estudios morales y sociales de grande interés; es también más apta que nosotros para la educación del niño, en penetrándose de la necesidad y trascendencia de una estricta disciplina; supongo que en la lingüística nos aventajaría fácilmente, y (*honi soit qui mal y pense*) en la comedia, pasión de los pueblos de espíritu agudo. La botánica y sus principales aplicaciones la reclaman; y respecto de las profesiones comunes, los lectores convendrán conmigo en que, por ejemplo, la medicina de la mujer, corresponde de derecho a la mujer. Innumerables mujeres sucumben a dolencias insignificantes en su principio, por el pudor que ata su lengua para con un médico de nuestro sexo; y estos, por otra parte, deben carecer de la sagacidad de una mujer para comprenderlas, y de su infinita suavidad de tacto para aliviarlas. En cuanto a sus aptitudes científicas, me enorgullezco de poder adornar esta ligera conversación mía con un nombre como el de nuestra compatriota señorita doña ANA GÁLVIS HOTZ, muy competente en la profesión médica a juicio de profesores colombianos que son gloria de su patria. Si estas breves páginas diesen siquiera por resultado el llamar la atención a este hecho incuestionable, e inducir a algunas colombianas de recursos, y de corazón y talento, a consagrarse al estudio de la medicina para el bien de su sexo, tendría yo el consuelo de saber que, a lo menos por este bien, sería acreedor a un grato recuerdo de mis semejantes.

Distinguí de aptitudes de la mujer especificando algunas *de su propio carácter*, porque ni toda mujer es mujer ni todo hombre es hombre. Todos sabemos, o sentimos, que hay sexos en las almas, no siempre coincidentes con los de sus respectivos cuerpos; y el argumento más poderoso que me ocurre para imponer silencio al hombre que niegue a la mujer el don del genio, es decirle: —¡Bárbaro! si la preocupación no te ha permitido reconocerlo en ella, -ni en Santa Teresa, ni en Isabel 1.^a, ni en la Stael y Jorge Stand-, sabe que toda tu vida has estado adorando el genio femenino en el hombre

mismo: en Apeles, orgulloso únicamente de poseer *la gracia*, en el delicadísimo Praxíteles, en el virginal Virgilio, en Rafael, ídolo del mundo, en Fenelón, en San Vicente de Paúl, en Bellini, en Lamartine, el poeta *nato* por excelencia, la nunca superada maravilla de gracia natural y espontaneidad poéticas, la musa-ángel, casta y pura como los ángeles, y ángel caído al fin en una flaqueza de mujer, en la candorosa presunción, como de linda, que choca en algunas de sus últimas inspiraciones. Y aún es más patente lo contrario, que desde Semíramis hasta doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, muchas de las mujeres célebres han sido a su turno almas de hombre, y que no hay ruta o manifestación intelectual de energía o cálculo o elevación o lógica viril en que individuos de ese sexo no hayan sobresalido: y aceptada esta doble proposición, la cuestión sexos en lo relativo a numen y aptitudes de espíritu queda eliminada. —Separados los sexos en los reinos animal y vegetal sólo para sus funciones complementarias y reproductivas, parecen haber quedado dispersos en el resto de lo existente como una de las sabias leyes de contraste y armonía de la creación, ya alternando en series, ya en las diversas manifestaciones de un mismo objeto, ya como expresión general de conjuntos y combinaciones. El corazón siente sexos en la variedad de tonos y modulaciones musicales, en los colores y sus matices, en las líneas, en las formas, en la calidad y en el tacto de los materiales plásticos, en las variedades métricas de la poesía, y hasta en las letras del alfabeto. Hay idiomas y climas viriles, e idiomas y climas femeniles; el mar es femenino en su calma y masculino en sus borrascas; el firmamento es hombre cuando nos domina y abrasa con el fuego solar, y es mujer cuando de noche nos sonrío y magnetiza con el tierno embeleso de las estrellas; los pueblos son mujeres cuando mudan de constituciones como el rico vulgo femenino muda de trajes, y son mujeres de muy mala ley cuando así cambian de amos; y el amor humano es mujer siempre que ama de veras. Dios mismo tiene un flanco femenino, el de la misericordia, templadora de la justicia; y en fin, no hay que hacer de los sexos punto de exclusión sistemática, pues son materia tan revuelta que el ser más suave y débil álzase como león en ocasiones, y el héroe más probado se sintió muchas veces tímida mujer; un hombre criado

entre mujeres se afemina, como por contagio; y una hermana sola de muchos varones, suele contraer el carácter audaz y desenfadado y los hábitos del varón.

Tiene la sociedad un lado femenino, el de la piedad, el sentimiento en general y la imaginación, fuerzas que pueden resumirse en una sola palabra: Amor; porque la imaginación misma qué es sino el espíritu en la sensibilidad, que la fecundiza y desarrolla; el sentimiento pensante, que enamorado de todo lo creado abraza todas las cosas, y sorprendiendo sus relaciones, la unidad divina que liga a todas ellas, convierte a cada una en símbolo de algo mejor que ella, lee su nombre inmortal, y combinándolas libremente se erige a su turno en creador; y así nos explicamos por qué Goethe denomina amor la primera de las facultades poéticas, en la cual reconoce eminente al padre de *La vida es sueño* y de los *Autos sacramentales*. Este es pues el lado amable y el más noble de la sociedad, campo neutral para las mezquinas pasiones humanas, pero abierto a lid sobrehumana, donde pugnan en imitación, en alcance de la bondad y belleza infinitas las almas no desheredadas de la memoria y la esperanza de la patria celeste; y este es, o debe ser, el imperio social de la mujer, en donde ella reine no sólo como inspiradora, como dulce y bella encarnación de la sensibilidad, sino también como ministra activa, como el obrero más espontáneo y perseverante. Si, cual suele suceder, pretendiendo vivir en el siglo y no en el claustro (vocación angélica a la cual no oso aludir) limita su labor a la devoción, hace una piadosa obra, pero incompleta y quizá egoísta, aislándose del hombre, a quien debe acompañar y purificar directamente del lodo a que él tiende siempre que ella lo abandona, siempre que se halla solo, estado que Dios mismo *vio que no era bueno*. La piedad religiosa puede tomar mil veces más formas que Proteo, y multiplicar así indefinidamente su eficacia, dentro del propio campo enemigo, y mal podrá su acción solitaria ser tan meritoria para Dios como su acción en compañía, y sobre todo, en compañía de los que necesitamos de estímulo y de los infieles o indiferentes. Una santa misma, Catalina de Sena si no me equivoco, dice a sus hermanas: *Orad trabajando, llevando a todas partes el templo con vosotras mismas*: —gran frase, programa inmejorable de las funciones de la mujer en su casa y fuera de ella, en las letras, en las artes, en todas las agencias de la sociedad.

La sociedad privada de su lado femenino, tal como lo comprendemos, se encamina a verse envilecida y luego conquistada; es el solterón perfecto, de cuerpo y de alma, que no tarda en quedar reducido a las dos pasiones menos espirituales: la avaricia y la gula. Uno y otro costado, el viril y el femenino, son indispensables, ambos deben marchar de frente, la vida exclusiva de uno de los dos no está en el orden providencial; pero entre un pueblo de soñadores místicos, y uno de especuladores desnaturalizados, nadie vacilará en calificar al primero de más noble digno de respeto, como no vacilará en contestar aquel a quien se le pregunte: ¿qué consideras tú más importante, los ferrocarriles, o la calidad de las almas y los corazones que transiten por ellos? —La Providencia castiga con severidad el orgullo de los hombres cuando creen bastarse a sí mismos y que pueden impunemente prescindir, como frivolidades, del elemento elevador y suavizador de su peregrinación por la tierra: entonces, tarde o temprano, los vemos condenados a bestias, presentando en masa, a los ojos del alma, el curioso espectáculo de Nabucodonosor.

Han alcanzado las sociedades humanas su punto de culminación, de madurez relativamente perfecta, cuando acertaron a coincidir pujantes y en equilibrio los dos factores creadores, el masculino y el femenino. Tales fueron en sus días de máximo esplendor, la antigua Atenas y las ciudades italianas, agrupaciones insignificantes geográficamente, pero de portentosa fuerza, en que la vida rebosaba multiplicada por todos los elevados estímulos posibles, cada individuo valía y hacía por muchos de otros tiempos, y el hombre, ardiente de fe y de poder, se sentía imagen del Creador y flotaba sobre la materia obediente como el espíritu de Dios sobre las aguas. Fuera de aquellos meridianos de la historia, la sociedad parece haber marchado como una criatura de cuatro pies que sólo en dos anduviese, —necesariamente desequilibrada y arrastrándose por alguno de los extremos: de lo que son quizá ejemplos los Estados Unidos actuales, la España devota de Felipe III y la artística de Felipe IV.

Reciente concepto del afamado *sociólogo* Herbert Spencer confirma lo primero, que la dominante preocupación por el progreso material con descuido y desmedro de lo moral, amenaza el porvenir de la gigantesca república del Norte; y si se nos pregunta cómo

conciliamos este hecho con la generalísima cultura intelectual de las norteamericanas, respondemos que ellas mismas, fuera de cierta clase selecta, de vida y dedicación de tipo antiguo, o más bien inglés que nacional, están bajo la influencia del vertiginoso ambiente que las rodea; que la mayoría de ellas son mujeres de modales perfectos, pero de carácter viril, llenas de confianza en sí mismas, de sangre fría e imaginación ardiente, condiciones que las leyes estimulan en el sentido de su independencia de los hombres, y además de las cuales, su instrucción no se dirige a vigorizar los vínculos de familia y la disciplina doméstica, hartos relajados; y en fin, que allí los principios religiosos más difundidos autorizan aquella laxitud en vez de refrenarla, sembrando en los espíritus, a todo viento, ese individualismo díscolo y esa autonomía de soberbia que sirve de adecuada base a la moral de la conveniencia propia. En cuanto al remedio de este mal, desde el año de 1859 nos atrevimos a señalarlo, según nuestros cortos alcances, en cierto ensayo noticioso sobre *El Catolicismo en la gran República*. Allí escribimos: “El bien que los Estados Unidos hacen a la humanidad probándole prácticamente que la República es posible, este bien no tendrá menos trascendentales consecuencias que el reconocimiento universal, que a ellos se deberá, de que el Catolicismo no sólo no es incompatible con la República, sino que es el mejor, el perfecto republicano. Ninguno más elevado que él en su ideal de gobierno, ni más pacífico y desinteresado. Ninguno mejor dotado que él de la perseverancia, el celo legítimo por el bien público y el espíritu de tolerancia y sacrificio, de que el republicano tanto ha menester. Y el Catolicismo a su vez no será ingrato con la hospitalidad que aquí sabiamente se le ha brindado. Él depurará las alarmantes fuentes de corrupción de esta democracia. Él, con su espíritu cosmopolita y su universal caridad, amalgamará tantos elementos que se repugnan mutuamente en esta sociedad heterogénea, y le dará el corazón que tanta falta le hace” (*Guía del viajero en los Estados Unidos*. Editor, José Durán. Nueva York).¹

¹ De 1859 al año de 83 que hoy corre, observémoslo de paso, no han sido cortos los progresos de dicha religión, no sólo en la América del Norte sino en las naciones de Europa que más vivamente la repugnaban y aún perseguían, a punto de que al presente quizá esas mismas naciones consienten en divisar en el Catolicismo su arca de salvación del cataclismo social con que se las amenaza. “Es el adversario nato de cuantos monstruos

Esta no es una ocasión de hacer el elogio de los Estados Unidos bajo sus aspectos no mercantiles. Las menores fracciones de una nación tan activamente grande, serían grandeza para otras. Ya es allí principio establecido que la riqueza obliga a la filantropía; su constelación de literatos eminentes -de W. Irving, Prescott, Bryant, Longfellow, Ticknor, etc.- impone especial simpatía y respeto a toda pluma española; sus bellas artes, trasplantadas de Europa vivas y activas, con sus actuales excelencias y defectos, no se hallan en período de barbarie como presuntuosos europeos se aventuran a afirmarlo, cuando bastaría para desmentirlos nombrar sus insignes pintores de paisaje, o la catedral de San Patricio de Nueva York, o recordar el hecho de que ese es uno de los mercados a donde con mejor esperanza de recompensa se dirigen los productos artísticos de Francia y Alemania; y en fin, mucho más puede decirse en desagravio suyo. Todo aquello, sin embargo, ante aquel Niágara de utilitarismo, es como las breves islas que penden sobre su Niágara de agua, accidentes de serenidad que realzan lo formidable del torrente. Distínguense entre tanto muchas damas (volviendo a nuestro tema) por su amor a otro orden de utilidad y progreso, como los graciosos iris imperturbables entre la furia de la catarata; no sólo escritoras de reconocida influencia social, Mrs. Beecher Stowe por ejemplo, sino centenares de sacerdotisas de las bellas artes, consagradas a ellas exclusivamente. De las dichas artes parecen preferir la escultura, quizá por simpatía entre las delicadas manos de las Gracias y la mórbida limpieza y transparencia del mármol; ello es que los Estados Unidos ya podían oponer de años atrás el nombre de Miss Hosmer, (si no lo equivoco), a los de sus contemporáneas europeas Mademoiselle Fauveau y Duquesa Colonna, y a los de Juana Hoerteh

acabados en *ismo*, o de la misma índole, asoman la cabeza”, como lo expuso uno de los editores del *New York Herald* desde años antes de que apareciese el *nihilismo*. En cuanto a los Estados Unidos, un escritor del *Examiner*, órgano en Nueva York de la secta Baptista, llama recientemente a dicha ciudad *la nueva Roma*, alarmado con la eficacia de acción que allí despliegan los católicos, y dice que, en particular, “excede a todo cálculo la cantidad de trabajo ejecutado por la mujer, por las obreras silenciosas de la nueva Roma”, en la educación y la beneficencia, inclusive la construcción de los respectivos edificios; y añade: “Sería una gran pérdida para Nueva York si se viese privada de estas escuelas, cuya organización y moralidad son perfectas. Los protestantes se enfurecen al ver esto, y no aprovecha el ejemplo”.

y la sevillana Luisa Roldán, escultoras de universal nombradía; y más recientemente, el de Miss Vinnie Ream, cuya estatua de Lincoln, del Capitolio nacional, le ha sido pagada con \$ 30,000.

De celebridades femeninas en otros ramos de artes, su catálogo sería legión. Recuerdo haber admirado retratos exquisitos en miniatura, de pincel de norteamericana; y todavía encantan y embalsaman mi memoria *Los muleteros españoles*, *La feria de caballos* y otros valentísimos cuadros y deliciosas escenas vespertinas de Rosa Bonheur. La Europa y América no han olvidado a María García de Malibrán, sevillana también, consumida de genio; y Teresita Carreño, que nos toca más de cerca, ha sido furiosamente aplaudida en teatros extranjeros no sólo como ejecutante musical sino también como compositora. Entre muchas célebres artistas modernas que menciona E. Rodríguez Solís en su libro *La mujer*, apunta los nombres de la Duquesa de Béjar, Bárbara Hueba, Margarita y Dorotea Macip, Ángela Pérez Caballero, María Blanca Rivera, Isabel Sánchez Coello, María Valdés Leal, María del Rosario Weiss y María Prieto, pintoras españolas, y grabadora la última; de Isabel Rife, pintora portuguesa, de Mariana Silva Bazán y Sarmiento, Duquesa de Huesca y de Arcos, célebre académica de San Fernando; y entre las extranjeras, de María Tintorella, “cuyos cuadros se colocan al nivel de los del Ticiano”, Victoria Jacotot, “pintora en porcelana que dio su fama a la fábrica de Sevres y a quien Luis XVIII hizo pintora de cámara”, Catalina Querubini, socia de tres insignes academias, y las ilustres grabadoras Diana Mantuana y María y Juana Ozzane, toscana aquélla y éstas parisienses.

Nuestra Colombia, tan remota del mundo artístico, no tiene mucho de qué presumir a este respecto. En pintura priva aquí todavía, en el vulgo, el *pincel fino*, las carnes de porcelana de la escuela quiteña; y *retócanse* aún, a *devoción de fulano o zutano*, los pocos cuadros, de buen colorido por lo menos, que Vásquez y los españoles nos dejaron. En arquitectura, enséñase su parte estética por Vignola, es decir, la ignorancia y las fábulas de su maestro Vitruvio reducidas a reglas y principios, cuando ya cualquier lector aficionado sabe que Vitruvio no estudió debidamente ni los monumentos romanos, mucho menos los griegos, que él nunca vio, y que ignorantes los romanos de la filosofía griega del arte, no hicieron más que adulterarlo y degradarlo,

con la sola excepción del ornato inexactamente llamado *corintio*: de suerte que el presentido *clasicismo* romano es como quien dice la gongorización del griego, único clásico y racional en los elementos o formas que lo constituyeron. —Por otra parte, está entrando aquí la moda de arrasar nuestras pobres iglesias del curioso revestimiento de talla ricamente dorada que cubría sus paredes encuadrando con lujo sus cuadros de devoción y caracterizando su época y su nacionalidad, para sustituirle tierra blanca, la fría desnudez de las iglesias protestantes, tal cual armazón mezquina y sin sentido religioso, y frágiles pabellones de trapería incendiaria. Aquella talla venerable será de un gusto profuso, vicioso, como nuestra naturaleza tropical, pero forma el mayor valor material de los templos que la conservan, y es principalmente lo que los distingue de *tambos* o grandes aposentos profanos.—El escultor nacional e inspirado que poseíamos abandonó el cincel por el ministerio sacerdotal, y lo enviaron a ejercerlo a un desierto, lo cual es preferible a remendar efigies charras, quizá único trabajo que se le encomendaba. En cuanto a jardinería, el mustio y minador eucaliptus lo invade todo; y suelen cortarse, de orden de la autoridad y en son de aseo, otros árboles ya crecidos y frondosos que amenizaban tal cual ensanche de nuestras áridas calles. En lo relativo a música, los coros de nuestras iglesias desdeñan el sagrado órgano, y prefieren como más adecuados los estrépitos de carácter militar. Nos cayó del cielo un genio prodigioso en la composición lírica sacra y profana, JOSÉ MARÍA PONCE DE LEÓN, llamado a hacer nuestra gloria y la del arte español; y el Gobierno lo dejó morir de abandono, joven todavía, habiéndolo *honrado* a duras penas con la dirección de una banda de ejército. Y respecto de teatro, no tenemos ninguno nacional ni favorecido por el Gobierno, y el local del único que en Bogotá existe se colma de auditorio para *Los Magiars*, y es un desierto cuando se anuncian verbigracia el *Fausto* o *La Sonámbula*, de suerte que el gusto público, y el oficial, está en todos ramos por crearse.

Excepciones laudables: la Academia de Dibujo y Pintura creada y dirigida gratuitamente, en dos temporadas, por el generoso artista mejicano don FELIPE S. GUTIÉRREZ, lo cual produjo muy pronto algunos aventajados discípulos; la Academia de Música, fundada y

dirigida con no menos tesón y desinterés por don JORGE PRICE: una y otra institución acogidas al cabo por el Gobierno, y que ojalá sean hábil y perseverantemente patrocinadas; la Escuela de Grabado, fundada por don ALBERTO URDANETA y don ANTONIO RODRÍGUEZ, a la cual debemos por fin la gala de un periódico ilustrado, la traslación a Europa, a costa del Gobierno, de los señores GARAY y MENDOZA, jóvenes pintores de grandes esperanzas; la rápida mejora de aspecto de algunas ciudades, y en particular la de esta capital, debida sobre todo al espíritu ejecutivo de progreso del doctor EMIGDIO PALÁU y a varios arquitectos del país, como los señores OLAYA y LOMBANA, siendo notabilísimo el esfuerzo del último en la construcción de la iglesia gótico-morisca de Chapinero. Deben también mencionarse las clases de bellas artes generalizadas en las escuelas y colegios, los concursos y las exhibiciones oficiales que han incluido estos ramos, en la última de las cuales apareció el paisajista D. RAFAEL TROYA de la ciudad de Pasto; y no olvidemos que hoy se hace ya apreciar en las exposiciones de París un joven pintor compatriota nuestro, don WENCESLAO DE LA GUARDIA, de quien medio conocemos, por la fotografía, dos cuadros de hogar, composiciones de disposición natural y de figuras selectas y expresivas.

Natural era que nuestras damas, atendidas sus cortedades de sexo y educación, y el ambiente de inercia que las rodea, no suministrasen materia de elogio específico en los ramos a que aludo; pero sucede lo contrario, suministran mucho más del que puedo impartirles aquí sin permiso suyo y temeroso de ofender su modestia: ¡cuánta no será pues la espontaneidad y fuerza de sus aptitudes, cuando las han impelido a sobreponerse a tamaños inconvenientes! Y ¡cuánto no tenemos derecho a esperar de ellas cuando sin miedo, con aplauso general y con su actividad y entusiasmo característicos, se despliegan por todo el campo de la gracia y del sentimiento creador, que, con tantos títulos como a nosotros, les pertenece? Baste saber que en las citadas Exposiciones de Bogotá los trabajos de muchas de ellas nos maravillaron, pues aun con la aguja y la cera, con plumas de aves y otros materiales de obra china, probaron talento artístico. Entre otros recuerdo haber visto allí pintura en porcelana que hacía presagiar una Victoria Jacotot para Colombia. En música, si

el poderoso compositor de *Ester, Florida* y *La cinta encantada* puede tener reemplazo entre nosotros, de lo poco que yo conozco es una señorita quien da mayores prendas para hacérselo esperar. He visto figuras menudas de otras manos femeninas que dejan presumir que sin mucho esfuerzo se elevarían del humilde y fatigador mérito de la curiosidad al de la verdadera escultura; y recuerdo un incidente que maravilló al juez más autorizado en pintura que nos ha visitado jamás. En 1874, recién llegado a Bogotá don FELIPE S. GUTIÉRREZ, franqueó su obrador y su enseñanza a todo el mundo, lo mismo que, en exhibición gratuita, todos los lienzos y estudios de su mano que traía consigo, lo cual fue poner a prueba a nuestro público, estrellando su gusto contra la antítesis de lo que hasta entonces se creía bueno en materia de pintura; fue romper de repente el antiguo ideal quiteño, con la escuela naturalista fiel e ingenua, y de gran franqueza y vigor de ejecución, con que los pintores españoles asociados en Roma en la vía Marguta están imponiendo una especie de Renacimiento en el arte: la transcripción fidelísima y enérgica del natural como la única base sana y segura para la idealización, —antiguo y justo reclamo del universal Goethe. Una dama bogotana, totalmente inocente en achaques artísticos, entró un día a la galería de GUTIÉRREZ, giró la vista por toda ella, y desentendiéndose de cien asuntos religiosos, de costumbres, etc., más atractivos para cuantos entraban, se fijó por largo tiempo, con tenaz embeleso, y buscando previamente la debida distancia, en una cabeza de nuestro anciano amigo don José María Espinosa, el benemérito abanderado de Nariño en 1814. Advirtiéndolo al fin GUTIÉRREZ, y no menos sorprendido que complacido, dirigióse a la dama: “¿Usted pinta, mi señora?” —“No señor, pero me asombra esta cabeza, yo no imaginaba que pudieran hacerse pinturas vivas; como que esto es de lo mejor que usted tiene aquí”. —“Mil gracias, mi señora (replicó GUTIÉRREZ), eso es lo menos imperfecto de mi mano, lo más a mi gusto que hay en el salón. El señor Espinosa es artista de talento, y como obsequio de cofrade a cofrade me propuse hacerlo con toda la franqueza de que soy capaz, resignándome a que pareciese tosco y detestable a los no iniciados”; y en efecto, aquella cabeza es una perla de vigor y verdad, digna del Españolito. GUTIÉRREZ se acercó a mí momentos después y me refirió lo sucedido, añadiendo:

“Este es buen principio: hasta las señoras de su tierra de usted tienen el instinto del arte”.

Esa palabra *hasta*, la habría modificado el artista dos o tres meses más tarde, si hubiese sabido que aconsejando yo a un culto y acaudalado compatriota mío que aprovecharse la ocasión para enriquecer su casa con algunas joyas de ese pincel magistral, me respondió con conciencia de lástima y de grandeza: “¡Jah! ¡Ya he mandado a París nuestras fotografías nada menos que a Viennot. Eso sí es pintura!”. —Mi amigo no comprendía que *esos* podrían ser retratos parecidos, tímidas copias de fotografías, pero no lo que se llama obra de arte, *pintura viva* como dijo aquella dama con el improvisado criterio de los ojos y el sentimiento; con el simple reconocimiento de la naturaleza en el lienzo.

Dama arquitecta no conozco ninguna, pues la reina Nitocris de Babilonia fue más bien ingeniera; ni he averiguado si consta que Semiramis, Artemisa, la zarina Ana Ivanovna, que ideó un palacio de hielo, u otras reinas, o la ilustre duquesa de Milán Bianca Visconti Sforza, metiesen baza en la dirección de los monumentos que mandaron construir; pero sí sé de damas colombianas que intervinieron en la de sus casas, y me ha sucedido el admirar repetidas veces, en otra señora a quien trato, una facultad preciosa, muy rara en los hombres, y que en ellas debe abundar como anexa al genio del hogar doméstico que en lógica natural les corresponde: mis lectores lo juzgarán. Aludo al don peculiar de advertir al entrar a una casa todos los contrasentidos y torpezas de disposición que dejó en ella su constructor; y el de ver prontamente en la imaginación, si se trata de casas viejas o en vía de mejora, todos los cambios que deben hacerse para volverla cómoda y de buen parecer. Facultad importantísima, que en ciudades en renovación (como Bogotá) debería bastar para asegurar una buena renta a quienes la posean, pues significa nada menos que el primero y constante objetivo de la arquitectura donde quiera que preside al arte el sentido común: el objetivo de la adaptación de un edificio a su destino, a todos los servicios que debe prestar.

Concluamos con el arte reina, vocera y musa de todas las artes: las bellas letras, la poesía. He insinuado varias veces que los

hombres dañamos la literatura de las mujeres, que las desviamos de sus *especialidades*; y en fin, que nosotros somos los responsables precisamente de los defectos que a menudo nos hacen insípidas y desarmadas de magia femenina sus producciones. Aclararé o completaré lo dicho con mi idea del estilo, o si se quiere, del arte poética de la mujer. Ésta, a mi modo de sentir, consiste en que la autora se esfuerce (siempre que quiera ser mujer y no hombre), en ser lo más mujer y lo menos *literato* posible; no que se esmere en aporrear la gramática, la métrica y la ortografía, pues ningún daño le hará el saberlas, mientras que los pecados contra sus mandamientos siempre serán veniales en comparación de otros contra la esencia y alma de la literatura; sino que de propósito sacuda y olvide, como al enemigo malo de su gloria, toda la enorme masa de amaneramiento, de lugares comunes, de vacías *frases hechas*, de muletillas convencionales, de eufemismos gastados y falsas elegancias, de flores inodoras y marchitas, en una palabra, de afectaciones y vulgaridades *de libro*, en que abundan los libros, y los de versos cual ningunos; y que no fijándose en otros libros que el corazón y las escenas naturales o sociales, traslade su verdad fresca y viva del original al papel; en otros términos, que observe con sus lindos ojos y hable con su preciosa boca, como cuando está conversando y no escribiendo, hasta adquirir el hábito de conversar con la pluma con esa volubilidad, viveza y carácter propio que constituyen el hechizo de su conversación de palabra. Una vez que de esta manera se haya vuelto *ella misma* y sólo ella misma, cuanto pinte por escrito, de lo que verdaderamente ha sentido u observado, será admirable y delicioso, aunque lastime la gramática y la ortografía, tan fáciles de suplir en la revisión.

Pruebas al canto: las escritoras inmortales deben su inmortalidad, el eterno sabor de su estilo, a esa facultad de conversar escribiendo, —por ejemplo, madama de Stael y madama de Sevigné; y aun los hombres que llevaron la fuerza de su personalidad hasta olvidar totalmente al escribir todos los lentes, colores, frases y lindezas de los demás escritores, y los que lograron aprender a conversar con la pluma, si por lo demás había en ellos sujeto interesante y creador, dejaron algo muy especial en su clase digno de no perecer sino con su lengua: verbigracia, citando algo de nuestras tierras, el romance

casero *Mi bañadera*, de José Fernández Madrid, que es su obra maestra, tan superior a sus esfuerzos de más ambiciosa literatura; la *Manuela*, novela del colombiano Eugenio Díaz, rica de pura naturaleza, e interesante a pesar de su deficiencia como novela; el *Canto del Maíz* de Gutiérrez González, y (si en gracia de la forma, única en su clase, puede mencionarse lo que damas honestas no pueden leer) los cuentos del guatemalteco don José Batres, maravilla de lo que llamaré *poesía de conversación*; superior bajo ese respecto al mismo *Don Juan* de Byron.

Esto es, a mi parecer, nada menos que lo que hace *clásicos* los escritos, en su acepción general de *ejemplares*, y no en la restricta de autoridades de un idioma: la condición de que el hombre o mujer que escriba salve su carácter de la imposición ajena, y que trate *sus* asuntos o los transcriba vivos del natural, con el sello idealizador de su propio designio y originalidad. Compréndase todo el bien que podrá hacer la mujer, con sus grandes y peculiares dotes, cuando practique constantemente este obvio método, que nada tiene de nuevo en mi pluma sino el ser dirigido a ella procurando distinguir su carácter del nuestro, y confesando nuestra culpa en que ella de ordinario no lo observe. —Me atrevo a creer que, por el amplio y sano desarrollo de sus facultades en letras y artes, el sexo *débil* está llamado una vez más a “quebrantar la cabeza de la serpiente” y sacarnos del lodo, hiriendo de muerte al materialismo que caracteriza la literatura y en general el arte de la época, espejo de la sociedad misma en su corriente dominante.

* *

Suspiraba yo por llegar a este capítulo -revista de escritoras y de sus triunfos sobre nuestro sexo, especialmente en poesía-, mas cuando entro en él, ya el prólogo pasa de largo, y pasará de corta la paciencia del lector, bien que la culpa no es mía sino de la preciosa mitad del linaje humano, que tanto da qué decir en honor suyo, pese a nuestra vanidad y maledicencia.

Impropio sería no empezar aludiendo siquiera en globo a las cantoras bíblicas, tema ellas solas para un poema, desde MARÍA la hermana de Moisés, o desde la profetisa y legisladora DÉBORA, hasta la Bendita entre todas las Marías y entre todas las mujeres, a quien

debemos el sublime *Magnificat*. Vayan en pos de ellas las nueve griegas émulas de las del Pindo: TELESILA, PRAXILA, ANITA, MYTO o MOREO, SAFO, sus amigas DAMÓFILA y la malograda ERINNA, cantora de *La Rueca* en versos que pasaron por dignos de Homero, la boecia MYRTIS, maestra de Corina y de Píndaro, y CORINA en fin, consejera del último y cinco veces vencedora suya. Y aumentan el número MEGALOSTRATA, a quien satirizó la envidia, y PHANTASIA, no griega, sino egipcia de Menfis, de quien, según Quirón, copió Homero la mayor parte de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Un autor del siglo pasado encontró en los escritos de los antiguos, noticias de sesenta y cinco filósofas. Nombraremos de ellas a HIPPO, llamada por Eurípides profetisa, que enseñó a Eolo la contemplación de la naturaleza; a ANTUSA, inventora de la adivinación por las nubes; a DIÓTIMA, maestra de Sócrates en la filosofía del amor, y a ASPASIA, nombre manchado quizá por la envidia de los hombres, maestra del mismo Sócrates en retórica y filosofía; y en retórica, y aun en política según algunos, de Pericles, el más brillante y más artista de los tiranos, cuyo mayor triunfo de oratoria, su famosa arenga fúnebre, dícese que fue obra de ella. Pero cómo callar a la ateniense ATENAIS, desheredada por su padre por considerarla opulenta con su talento; más que filósofa, sabia en toda ciencia y oradora y poetisa, y por tales dotes, con la adición de la virtud y la belleza, escogida para esposa por el emperador Teodosio el joven, como la única digna de él, y llamada EUDOCIA al convertirse al cristianismo. Ni callaré a las dos insignes alejandrinas, CATALINA e HYPATIA, filósofas sin rival cada una en su tiempo, y ambas mártires, la primera del fanatismo gentilicio del emperador Maximino, y la segunda del de un cristiano Pedro, eclesiástico feroz, y, póstumamente, del incendio de aquella insigne biblioteca, que consumió sus obras. Catalina convirtió con su elocuencia a la emperatriz, a los filósofos que la impugnaban y a doscientos soldados inclusive su jefe, y todos murieron a par de ella. Hypatia, virtuosa y bella como Catalina, se hizo también notable por su extrema sencillez en el vestir, y como maestra del obispo Sinesio, que siempre le profesó viva y respetuosa amistad. Ella fue quien introdujo un método riguroso en la enseñanza de la filosofía. Entre las bienaventuradas, santa PAULA y sus hijas, y FABIOLA y santa

GERTRUDIS honraron igualmente las letras, y santa MÓNICA habría podido convertir a su hijo, a falta de oraciones, con sus argumentos.

De romanos gentiles nombremos siquiera a la divinizada CARMEN, primera civilizadora de Roma; a dos CORNELIAS, la viuda de Pompeyo y la madre y maestra de los Gracos; a POLA ARGENTARIA, digna mujer de Lucano y colaboradora en sus poemas; a HORTENSIA, hija de Hortensio y elocuente como él, que durante el segundo triunvirato y cuando ningún hombre se atrevió a defender a las matronas contra un fuerte impuesto que las gravaba, lo hizo ella misma con tal éxito que se las eximió de gran parte de él; triunfo que recuerda el de la virgen ateniense AGNÓDICE, que ejerciendo disfrazada de hombre la medicina, carrera prohibida a las mujeres y a los esclavos, fue denunciada por sus rivales, y el areópago derogó la ley, vencida con su ejemplo. Y si la griega Tesalia compitió con Alceo en genio poético y en heroísmo, mostró ambas dotes la romana SULPICIA, esposa de Caleno, que, mientras Estacio adulaba a Domiciano, publicó un poema contra éste, a propósito del destierro de los filósofos. Y en tiempo de Tibalo hubo otra poetisa SULPICIA, a quien algunos críticos atribuyen once de las elegías del libro cuarto de aquel poeta; como la británica CLAUDIA RUFINA fue íntima amiga y quizá colaboradora de Marcial, que tanto la admiraba.

De sabias italianas, demos apenas los nombres de LAURA BASSI, GIUSTINA MICHIEL, BIANCA MILESI, ISOTTA NOGAROLA, CLOTILDE TAMBRONI, TEODORA DANTI, BATTISTA MALATESTI; de MARÍA CAYETANA AGNESI, lingüista, filósofa y matemática, las médicas ABELLA de Salerno, y MARÍA DALLE DONNE, MARÍA PELEGRINA AMORETTI, doctora en derecho, DOROTEA BUCCA, profesora de Bolonia, ESTER CHAPONE, LAURA CERETA, ELENA CORNARO, LEONOR FONSECA, sabia napolitana ahorcada en 1799; FIDELA CASSANDRA, BETISIA GOZZADINI, MORANDI MANZOLINI, célebre anatómica, TARQUINIA MOLZA, CHRISTINA PIZZANO, autora en arte militar, cronista de Carlos V de Francia y cantora de Juana de Arco; y de otras poetisas, VICTORIA COLONA, mujer del español Marqués de Pescara y casta musa de Miguel Ángel; la florentina ALESSANDRI, de los *Arcades* de Roma, la napolitana CONSTANZA DE AVALOS, DUQUESA DE AMALFI, a quien por sus talentos confirió Carlos V el título de princesa, la BERTANA, la GAMBARA,

la TERRACINA, las STAMPA, PALEOTTI, MARINELLI, PANNOLINI, MIANI, VERONESE, VERZA, MOSCHENI, MATRAINI-CONTARINI y MATUGLIANA-MEA, las insignes improvisadoras MORELLI FERNÁNDEZ y TERESA BANDETTINI; y FAUSTINA MARATI, digna hija del pintor, que cooperó a corregir el mal gusto literario de su época.

Alemanas. La Cunitz o Cunitzia, la Erxleben, doctora en medicina, Julia Fiovane, la princesa palatina Isabel de Bohemia; Ana María Schurman, artista y poetisa en doce lenguas y, según Feijóo, la capacidad más universal que se conoció en hombres y mujeres; la madre Ana de Sajonia, naturalista, y la Herschell y María Winckelmann, astrónomas, las poetisas Ana Amelia, hermana de Federico II, la baronesa Droste-Hülshof, la baronesa de Stolterforth, Isabel Kulmann, lingüista y poetisa en tres lenguas, muerta de diecisiete años, y Luisa Brachmann; la judía Rahel Levin, amiga y consejera de sabios, que se casó ya de mucha edad; la Sra. Lexald o Stahr, judía convertida, novelista, abogada de “la emancipación de la mujer por el trabajo”; las Sras. Polko, Paalzw, Wildermuth, Mühlbach, de Bacharach, y la condesa de Hahn, novelista de tipo algo suelto, convertida al catolicismo y fundadora de un convento en Maguncia. En aquel pueblo de soñadores flemáticos el ruido hace fortuna y las letras suelen originar tragedias, como las de tres aficionadas suicidas, Carlota Stieglitz, Johanna Kinckel y la canonesa Gunderoda; y se suicidó igualmente la ya nombrada Luisa Brachmann. Es afamada Ada Pfeiffer, austríaca, primera mujer que dio la vuelta al mundo describiendo su viaje; y no es menos famoso el enorme plagio que hizo el inglés Colley Grattan de una leyenda o *saga* de la poetisa de Weimar Amelia von Hedwig, cambiando sólo el orden de sus partes. Una duquesa hizo a Weimar la Atenas alemana.

Honran a su sexo la sueca Federica Bremer, novelista doméstica y cristiana, y la rusa Sra. Swetchine, convertida al catolicismo y excelente moralista; y no olvidemos a María Succa, matemática, y Carlota Ríos, institutora hija de españoles; a la novelista holandesa Isabel Wolf Bekker; a la mártir de Haití, Anacoana; a Aviar, una de las mujeres de Brahma, autora de dos libros de moral; a la sabia Ana Comnena, historiadora de su padre, a Pan-Hoci-Pan, sapientísima china, autora del *Código de las mujeres*, y a las célebres mahometanas

Tamek, sabia en derecho y consultada por todos los jueces de Bagdad; y la esclava Camar, genio en poesía, música y elocuencia, ornato de la corte de Ibu-Haddjadj, señor de Sevilla. Y más señalada mención merece la Isabel primera del Japón, la emperatriz Okinaga Tarashi, vulgarmente llamada Jingu Kogo (hazaña divina), mujer bella, piadosa y de gran valor, quien ya viuda y obedeciendo a una inspiración celeste se embarcó ella misma el año de 203 a descubrir y conquistar la Corea, de donde pasaron luego a su imperio las letras, la religión y la civilización. Hablar de las demás soberanas ilustres, de los tipos de Zenobia y Cristina de Suecia, de Margarita la Semíramis del Norte, de María Teresa, el mejor soberano que tuvo el Austria, de Matilde de Toscana y Matilde de Inglaterra y de Escocia, sería cosa de no acabar. En cuanto al teatro, el de Suecia debe buenas traducciones a las poetisas Holmstedt y Malmstedt, y el alemán mucho de su reforma a la excelente actriz Neuber y a las piezas originales de la mujer de Gotsched.

Autoras inglesas. Ningún país ha producido tantas en este siglo, y cuenta muchas del anterior. Mujeres han creado e introducido allí, y monopolizado en ciertas épocas, varios géneros literarios, especialmente la buena novela descriptiva, obra de serio y minucioso estudio, designio útil, y moral perfecta; ellas estudian las necesidades del pueblo y colaboran activamente en su instrucción, cuatro o cinco figuran notablemente como autoras dramáticas, Mrs. Mary Somerville y Mrs. Jane Marcett como sabias, muchas por sus relaciones de viajes, Miss Edgeworth como observadora y moralista, Miss Martineau como economista, Lady Montagu por sus cartas y Miss Jameson como crítica en bellas artes y popularizadora del sentimiento estético. Isabel Blackwell, naturalista, dibujante y grabadora, dejó la mejor obra de botánica en su época. De poetisas me limitaré a nombrar cinco: Joanna Baillie, cantora de Colón; Mrs. Hemans, cantora del Cid, Bernarda del Carpio, Inés de Castro y Juana la loca, y digno tipo en su sexo; Mrs. Barbauld, grande auxiliar literario de su marido; Mary Tighe, que con su *Psiquis* dobló un asilo de huérfanos, y Mrs. Elisabeth Barrett Browning (un genio en concepto de Mr. Taine, lo mismo que la novelista Eliot). Del poema *Aurora Leigh*, de Mrs. Browning, dice él: “Veinte veces lo he leído,

y no alcanzo a decir cuán bello me parece: es poema singular y obra maestra”. Mencionaré aparte a una ejemplar dama irlandesa medio compatriota nuestra, Mrs. Mary Jane Serrano, cuyo poema en cuatro cantos *Destiny*, recién publicado en Nueva York, es delicadísima apoteosis de la amistad, y concepción del más elevado espiritualismo cristiano. *La ley común*, orgullo de Inglaterra, se cree que procede de Martia, insigne reina de los Britanos.

Autoras francesas. Entre las sabias: Juana Dumée, astrónoma; María Dupré, filósofa; la desdichada Eloísa, tan superior en corazón a Abelardo; la matemática Sofía Germain; la educacionista Leprince de Beaumont; Ana de Mayrand, autora en historia natural, y María Lezardièrre en política; Carolina Bernard, que produjo la tragedia de *Bruto*, representada veinticinco noches seguidas en París hacia 1700, y Lucila Gretry, autora de dos óperas estrenadas en 1786. —De tantas literatas o poetisas que mis lectores deben conocer, señalaré solamente a la horrorosa Houdetot, que enamoraba y hechizaba por sus talentos, y a la marquesa de Lambert (1647-1733), ejemplar interesantísimo de moralista femenina, y viuda educadora de sus hijos y abogada salvadora de su fortuna; a Madama Necker de Saussure, autora de la preciosa obra *La educación progresiva*; a Jorge Sand como paisajista con la pluma, no superada ni acaso igualada por ningún contemporáneo; y a la Stael, generalmente reconocida superior, como observadora y pensadora, y por la trascendencia innovadora de sus escritos, a Chateaubriand, el coloso masculino que apareció a par de ella al principio de siglo. Hija y aún agente de la Revolución francesa, su preclaro amor a la verdad, y su sinceridad perfecta, permiten seguir en sus obras, como lo observa un gran crítico, la gradual educación de su espíritu, desde el utilitarismo revolucionario hasta el cristianismo.

Norte-americanas. Nombraré sólo a Amelia Welby y Harriet Winslow, de quienes conozco dos preciosas poesías; y a una poetisa de las menos apreciadas, Lucrecia Davidson, muerta de diecisiete años dejando composiciones que, por su discreción, invención y estilo, muchos varones querrían fuesen suyas. Y en otros ramos, a las médicas Miss Blackwell y Mrs. Gove Nichols, la astrónoma María Mitchell, la sabia Almira Phelps, las autoras dramáticas Warren,

Hall, Hentz y Lennox, y Hannah V. Lee, autora de una obra afamada de moral doméstica.

Ibéricas. (Españolas y portuguesas de ambos mundos). —Los dos continentes del nuevo deberían llamarse *Isabela* el uno, y *Colombia* el otro, si no fuese la raza humana la más ingrata de todas las vivientes; mas llámense como se llamaren, son dos monumentos, tan grandes y duraderos como ellos mismos, del triunfo del espíritu de una mujer, española, devota, y hasta inquisitorial, sobre el genio, la ciencia y la energía de todos los soberanos y sabios de Europa, exceptuando únicamente a Cristóbal Colón. No sé a quién sea inferior TERESA DE JESÚS, maestra de sabios, en el don divino de la gobernación de las almas; y a las sabias o autoras de los demás países añadamos las siguientes (del catálogo de Rodríguez-Solís): las portuguesas VIOLANTE DO CEO, monja autora de comedias místicas (1603), BERNARDA FERREIRA DE LA CERDA, música sin rival, poetisa lírica y épica, retórica, filósofa y matemática (nac. en 1505), y la poetisa JUANA GAMA (n. 1515); y las españolas ISABEL CÓRDOBA, ISABEL LOSA, ISABEL JOYÁ y ROSERES, BEATRIZ GALINDO, ISIDRA GUZMÁN y LA CERDA, FRANCISCA LEBRIJA, OLIVIA SABUCO DE NANTES BARRERA, LUISA SIGEA, LUISA MARÍA ENRÍQUEZ y LUJÁN, LORENZA MÉNDEZ DE ZURITA, LUISA MEDRANO, JUANA MORELLA, CECILIA MORILLAS, LUISA DE PADILLA, condesa de ARANDA, JOAQUINA AMAR, MARÍA ARIGÓN, MARÍA EGUAL, FELICIANA ENRÍQUEZ DE GUZMÁN y MARÍA ZAYAS y SOTOMAYOR, escritoras o poetisas las cinco últimas, y sabias, doctoras y catedráticas en varios ramos y lingüistas las catorce primeras, una de las cuales hablaba catorce lenguas (la Morella), la Joyá llegó hasta a predicar en la Catedral de Barcelona, y doña Oliva “conocía la medicina, la física, la moral y la política y vislumbró muchos fenómenos fisiológicos”: todas ellas de los siglos xv a xviii, el período total de la Inquisición. De nuestro siglo mencionase allí a FRANCISCA DÍAZ CARRALERO, poetisa ciega, CECILIA BÖHLL de FABER o sea FERNÁN CABALLERO (casada tres veces), VICENTA GARCÍA MIRANDA, poetisa extremeña, y ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA, gran poetisa gallega, casi excepcional por su espíritu independiente, sombrío y desesperado a lo Enrique Heine, fruto de impaciencia en grandes infortunios.

La lista que aprovecho registra apenas una fracción del total. Es

memorable la condesa de Vimieiro, autora de *Osmia* (1788), “tragedia interesante, de singular pureza de gusto y exquisita delicadeza de sentimiento; y la “única que Portugal puede propiamente llamar suya”, a juicio de Sismondi. —*Españolas*: la heroína de Toledo, doña María Pacheco, y la marquesa de Monteagudo, ambas de cultivados talentos y grande erudición, Irene Quirós de Navia, poetisa latina, Mariana de Carvajal y Saavedra, Isabel de Correa, Beatriz Bernal (novelistas estas tres, lo mismo que la Sayas, a quien plagió Scarron), Ana de Cervatón, la marquesa de Castelforts y de Sarria, la condesa de Lemos, Juana Contreras, Teresa de Cepeda y Ahumada, Lucía de Medrano, Ángela Sigea, Helena de Silva, épica, Isabel Vergara de Narváez, la doña Cristobalina que figura en las *Flores* de Espinosa; Aisha, mora de Córdoba, poetisa y oradora; Rodhia, mora cordobesa también, que dejó muchas obras; María Alfaizuli (la Safo árabe), y Sofía y María, moras hermanas, todas tres de Sevilla; Leila, granadina, renombrada por su sabiduría; la monja sevillana Gregoria Francisca de la Parra Queinogue (1653-1735) cuyas poesías salvó en su biografía don Diego de Torres Villaroel, la madre Agreda (Sor María de Jesús Coronel y Adana) cuya obra *Mística ciudad de Dios* fue condenada por la Sorbona en 1696; la gaditana Teresa Guerra (publ. en 1725), y María Josefa García Granados (residente en Guatemala, pero nacida en Puerto de Santa María). Los catálogos de Moratín y Mesonero Romanos traen las siguientes autoras dramáticas: Isabel María Morán, la condesa del Carpio, María Rosa Gálvez (autora de once piezas y cuatro traducciones), Ángela Acevedo, Luisa de Silva, Leonor Cueva y Silva y Ana Caro Mallén de Soto, además de la Enríquez de Guzmán ya nombrada. Son bien conocidas las poetisas contemporáneas peninsulares Vicenta Maturana de Gutiérrez, María Josefa Massanés, Carolina Coronado, Robustiana Armiño Gómez, Concepción Jimeno, Matilde Troncoso y las catalanas Emilia Palau, la Bell-Lloch y la Penya; y un reciente florilegio de *Escritoras españolas* trae poesías de treinta y ocho más, inclusive las conocidas prosistas María del Pilar Sinués de Marco, Ángela Grassi, Faustina Sáez de Melgar, Julia de Asensi y Emilia Pardo Bazán, autora esta de una afamada *Vida de San Francisco de Asís*; y no olvidemos a la periodista y viajera granadina Emilia Serrano de Wilson, a la

preclara Concepción Arenal, autora de obras conmovedoras, de noble estudio y cristiana trascendencia social, premiadas por la Real Academia de ciencias morales y políticas, y a la joven princesa Paz de Borbón, hermana de D. Alfonso XII, de quien he visto una poesía de intención filosófica y estilo fresco, natural y enérgico.

No alcanzo por el momento a explorar al Portugal y el Brasil del presente siglo en busca de literatura femenina; mas no será escasa, pues la tierra de Camoens figura en la Península como el Ecuador y Cuba en nuestra América: pequeños territorios con rica dote poética; *Los Lusíadas* han dado tono épico, flujo de grande aliento a las musas lusitanas, aun en el Brasil, justamente ufano de la epopeya religiosa *La Asunción* del padre Francisco de S. Carlos (nac. en Rio Janeiro en 1763), de la nacional histórica *La confederación de los Tamoyos* de Gonçalves Magalhães, de los cantos épicos de Souza Silva, de las populares creaciones del malogrado Gonçalves Dias, etc.; y además, soberanos tan hábiles, tan sabios y tan artistas como D. Juan VI, D. Pedro I y D. Pedro II tienen que haber dado en sus dominios grande impulso a las ciencias, las letras y las bellas artes. Recuérdese, por ejemplo, que D. Pedro I libró a la doble nación portuguesa de una ruinosa guerra, y al Brasil de sabe Dios qué desórdenes, declarando él mismo la emancipación política del último, e inaugurándola con el *Himno imperial y constitucional*, de letra y música de su pluma.

Hispano-americanas. De algunas colecciones incompletas y quizá no muy selectas, tomo los siguientes nombres de escritoras en verso, y añado la sílaba pro. a las también prosistas: —De Méjico: la insigne SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, pro. y autora dramática, no leída o muy injustamente apreciada por Ticknor; madre de la poesía fundadora de la literatura en su patria, como lo expresa D. Victoriano Agüeros, y “acaso no igualada por ningún poeta español en la universalidad de noticias de todas facultades”, a juicio del muy competente P. Feijóo; Isabel Prieto de Landázuri (n. en España en Alcázar de S. Juan) autora de más de catorce piezas dramáticas; Ester Tapia de Castellanos; Laura Méndez. —De Centroamérica, la guatemalteca María Josefa Córdoba de Aragón. —De Cuba: GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, Juana Pastor, pro., Luisa Pérez de Zambrana, Julia Pérez Montes de Oca, Rosa Marrero y Caro, Merced Valdés Mendoza, Úrsula

Céspedes y Escanaverino, Luisa Molina, Catalina Rodríguez de Morales, Francisca González Ruz de Montoro, Adelaida y Margarita del Mármol, Isabel Machado de Arredondo, Rosa Araoz, Aurelia Castillo de González, Martina Pierra de Poo, Brígida y Concepción Agüero, Matilde Troncoso de Oiz, María Santacruz, Carlota Robreño, Balbina García Copley, Sofía Estévez, Rosa Krüger, Mercedes Matamoros, Amalia Paadin, Dolores Cabrera Heredia, María Josefa Murillo. —De *Puerto Rico*: Sra. de Tió y Alejandrina Benítez. —De *Santo Domingo*, Josefa Antonia Perdomo, Salomé Ureña. —Del *Ecuador*: Dolores Veintemilla de Galindo, Dolores Sucre, Ángela Caamaño de Vivero, y ... Caamaño. —Del *Perú*: La grande ANÓNIMA (si Odriozola y Palma no la han descubierto), poetisa y lingüista, discípula de Diego Mejía y autora del *Discurso en loor de la poesía*, en tercetos, que encabeza las traducciones de Ovidio de aquel poeta; Carolina Freire de Jaime. —De *Bolivia*: María Josefa Mujía, ciega, cantora de Bolívar; Mercedes Bélzu. —De *Chile*: Mercedes Marín de Solar, Rosario Orrego de Uribe. —De la *Argentina*: Juana Manuela Gorriti de Bélzu, Eduarda Mancilla de García, pro., Ema A. Berdier. —De *Venezuela, Uruguay y Paraguay* faltan noticias. —De *Colombia*. La V. Madre FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO, pro. (n. y m. en Tunja, 1671-1742) celebrada por el señor Menéndez Pelayo en su discurso de entrada en la Academia Española; Josefa Acevedo de Gómez, Silveria Espinosa de Rendón, Soledad Acosta de Samper, prosistas las tres, y benemérita la última por sus innumerables y excelentes escritos en beneficio de la cultura social y particularmente de su sexo; y treinta y cinco más que registra el señor Laverde Amaya en sus *Apuntes sobre bibliografía colombiana* a los cuales me refiero, conteniendo su total cuatro autoras dramáticas y seis novelistas, y siendo de notarse que veinticinco fueron o son casadas; y casables las más de las restantes por su juventud y atractivos.

Justicia ante todo. Lejos de ser obras maestras los escritos de toda la falange de autoras enumeradas en este capítulo, el Santo Oficio podría sin grave daño haber hecho de gran parte de ellos un auto de fe, en nombre del buen gusto y de la sustancia, novedad e interés que exige toda producción literaria para tener derecho a ser leída y recordada; pero la misma sentencia es aplicable a muchos tantos más de literatura

masculina, y puede aseverarse que lo peor de las autoras es obra de su época y de nuestro mal ejemplo, y lo mejor, exclusivamente suyo; y en nueva prueba de su propio buen fondo, y de su aptitud para emularnos y aún vencernos, preguntaré a los lectores: ¿Qué contemporáneo ibérico superó a la Avellaneda en grandes cualidades de pensamiento y expresión como poeta lírico? ¿Qué papel hace en discreción y letras el sabio prelado de Puebla en la carta que dirigió a Sor Juana Inés de la Cruz, si lo confrontamos con la monja en su admirable respuesta? Y qué diremos de don Juan de Guevara, el colaborador de la misma en su comedia heroica *Amor es más labirinto*, sino que Guevara con su ridículo y chabacano segundo acto degradó y sacrificó el gran carácter de Teseo, el soberbio relato de este, el discurso del Embajador de Atenas y en fin, toda aquella nobilísima concepción de la monja, quien sin embargo alcanzó todavía en el tercer acto a darle un remate de movimiento shakespearino. Léase el discurso o epístola de la Anónima peruana, y dígame si alguna vez en verso castellano se ha discurrido más alta y poéticamente sobre la poesía. Fernán Caballero ¿no presenta como escritora y como mujer una fusión deliciosa y benéfica? ¿Qué íbero ha escrito un romance descriptivo más gallardo, más vivo, ameno, moral y completo que el *Velatorio* de María Mendoza de Vives? ¿Hay en nuestra lengua muchas odas mejores que *El día del Señor* de Josefa Estévez de G. del Canto, o la *Después de la lluvia* por Antonia Díaz de Lamarque; o elegías más delicadas e ideales que algunas de Luisa Pérez de Zambrana (a pesar de sus lunares de incorrección), o más tiernas y espontáneas que la de Dolores Moncerdá de Maciá *A la temprana muerte de mi hijo*; o una armonía más original y fresca de amor patrio y amor materno, de virilidad y ternura, que el adiós de Rosario Orrego de Uribe a su hijo marino? La guayaquileña Dolores Sucre ¿no ha hecho un soneto casi tan pulido y perfecto como las batallas de su tío inmortal? ¿Y, perdonando algo de gongorismo, qué odas místicas eclipsan *El pajarillo* y otros rasgos de la madre Parra Queinogue?

Excusando distinciones entre poetisas colombianas, preguntaré respecto de la última y la primera en orden de tiempo: ¿qué canto elegíaco hemos los hombres producido aquí más verdadero y original, ni más cristianamente poético, que el recién publicado de la srta. Bertilda Samper a la sra. doña *Fernanda Heredia*?, ¿ni qué libro de

poesías o de poesía que supere el de los *Sentimientos Espirituales* de la Madre Castillo (impr. Bogotá, 1843), que no sólo debería ser el devocionario elegante de nuestras damas sino que me permitiría recomendárselo como tesoro, como arquilla repleta de poesía, maciza de fantasía, y modelo de estilo natural y a la par poético, enérgico, frecuentemente sublime? Debe sin duda mucho de su mérito a ser un cintillo de perlas bíblicas, como en su época se estilaba, sobre todo en letras sagradas; pero si esto es defecto, cubre a Garcilaso, Luis de León, Herrera, etc., en lo sacro y profano, y la Madre misma traduce, interpreta, y suele comentar admirablemente esos rasgos; y por otra parte, pone mucho de original, y tanto lo propio como lo ajeno, todo corre allí espontáneo en el torrente de su amor “a una hermosura que no está sujeta a formas”, con el desaliño que añade a una grandeza y profundidad proféticas el encanto de elocuente improvisación femenil. Tiempo es de que sus cultas compatriotas desagraven solemnemente la memoria de aquella a quien compañeras monjas tenían por *loca* y *endemoniada* reduciéndola “a un total silencio y retiro” y “a vivir entre ellas como pájaro solitario.” Recordemos que resta inédita más de la mitad de sus manuscritos, y que, existiendo su retrato al óleo, nunca ha sido reproducido.

Del espíritu y el corazón de la autora del presente tomo básteme comunicar un rasgo a mis lectores: ella misma me exigió que en mi prólogo me abstudiese de elogiarla, complaciéndose sobremanera en mi idea de consagrarlo a estimular a un sexo en los esfuerzos de la inteligencia aplicados al desarrollo y mejoramiento de la sociedad; y a vindicar a este contra el funesto e irreflexivo desdén con que los hombres y las mujeres mismas, sobre todo en ciertos países, suelen pagar sus bien intencionadas producciones. Esta colección es, desde luego, sólo una muestra de lo que la señora del Valle puede hacer, y faltan en ella dos poesías sobresalientes que acaba de escribir con motivo del Centenario del LIBERTADOR. Pero en medio de la desigualdad que acusa un rumbo todavía incierto, los afanes de la laboriosísima y ejemplar madre de familia, y de la producción precipitada y *por compromiso* que es generalmente el *modus agendi* de nuestras letras, creo que aun el más exigente crítico hallará en

este volumen una constante y fervorosa aspiración espiritual, un constante dolor de la miseria humana, nobilísimas efusiones de madre y de amiga, frescura y libertad de estilo, grandeza y oportunidad de imágenes (como en la oda *En el Centenario de Bello*), y particular felicidad, soltura y colorido poético, aéreo a veces, en los romances octosílabos, varios de los cuales compiten sin desventaja con los mejores, en su género, de su inolvidable paisano Gutiérrez González. Falta de espacio me impide poner de relieve, como querría, excelentes rasgos que llamarán la atención de los lectores a las páginas 6, 23, 33, 49, 66, 69 y 70, 95, 106, 123, 130, 139, etc., y composiciones enteras, como las tituladas *A mi hija María*, *El pasado*, *Tus ojos*, *La resignación*, *El genio*, *Última despedida*, *Últimos instantes de Magdalena*, *Luz y sombra*, *Virtud y dolor*, y sobre todo, el romance *Nada del mundo*, perla quizá de la colección, y digna del más espontáneo y delicado de los sospechadores de la verdadera vida.

Mi muy distinguida amiga, tan benévola como es respecto de las autoras, trata a Horacio con alguna prontitud en su breve introducción. Cuando relea su insigne *Arte poética* advertirá, por ejemplo hacia los versos 317, 311, 325, 335, 351 y 445, cuán indulgente, liberal y eterna era su filosofía del arte; que en todas sus composiciones y trozos felices (de ella) ha observado instintivamente las reglas del Venusino; que él mismo ataca allí la avaricia y el materialismo, “funesto orín de las almas”, y que Horacio, mejor que nadie, nos aconseja *sacar la verdad del natural*, y *aun el lenguaje de la viva voz*, y que, al juzgar, busquemos los méritos y nos fijemos en lo importante, pasando por alto las leves manchas hijas de la negligencia y de la debilidad de la naturaleza humana:

*Verum, ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura.*

Hojeando producciones femeninas me saltó a menudo a los ojos cuán bella y benéfica sería una obra de selectas tituladas *La paloma y el cerdo*, o sea *La mujer y el materialismo*, pues no abrí volumen de ellas que no contuviese primores en contra de este monstruo tan repugnante a su índole moral e intelectual; protestas de la noble alma emancipada según Dios, contra las nuevas tentativas del

esclavizador. Quede tan grata empresa a manos más laboriosas y mejor provistas de libros que las mías; y concluiré por hoy dirigiendo a la mujer cristiana, amable personificación de la Caridad, como uno de mis más constantes votos y de mis más firmes esperanzas, la frase profunda y verdadera que a la Caridad misma dirige la autora de la presente colección:

Mimada hija de Dios, virtud sublime,
La humanidad caída se redime
De la duda al influjo de tu amor.

Bogotá, julio de 1883.

Rafael Pombo 